

MAS BIEN RESPONSABLES QUE SUMISOS

Comentario de un editor

Resumen: La moralidad comporta normas y leyes. El que se somete a las leyes como venidas de fuera es un inmaduro o un rebelde, no libre. La verdadera libertad requiere aceptar responsabilidad. De ordinario nos fuerza a ello experiencias duras. Adquirimos la verdadera libertad en las relaciones con los demás. La madurez moral, con una espiritualidad sana, y la antropología de esta revista, ignaciana. La fuerza que impulsa la moralidad madura es el amor por cuanto es ésta.

La vida de las personas como de las sociedades está balizada por una multitud de normas y reglas, catalogadas en listas de cosas que se deben hacer o no hacer. El que quiere ser hombre de bien está invitado a ajustar su comportamiento a los innumerables preceptos que lo circundan por todos lados. Este es el precio del bien. Germina en el corazón de un hombre costringido, que se doblega a algún imperativo categórico que lo domina. El testimonio de una buena conciencia compensa el sentimiento de servidumbre, del mismo modo que el remordimiento de la culpabilidad sanciona la emancipación osada en nombre de la libertad. Así el hombre avanza en la vida moral con el sentimiento de ser un eterno menor.

La "moral de catálogo" engendra niños demasiado sumisos o revolucionarios inmaduros. Atados por el sentimiento de culpabilidad -ese inexorable verdugo de las personas buenas-, algunos avanzan con el miedo visceral. Si, por casualidad, la vida, cada vez más fuerte, estalla, reclamando su merecido o dando peso a la venganza, la alegría original del paraíso se encuentra ofuscada por la sanción que lleva en sí misma. Para poder, en un arranque de rebelión, sacudir el yugo del catálogo, algunos han pretendido considerarse liberados.... sin, por otra parte, ser libres. Emancipados y todavía rebeldes.

El que trata de actuar bien se contenta a menudo de seguir esquemas prefabricados so pretexto que se inspiran en la religión, en la cultura dominante o en la biología. Ya sea que se considere como una protección, o como una prisión, el corsé de la moral nos molesta. Si bien hace mucho tiempo que la norma del bien y del mal reside en una voluntad exterior -ya sea ésta divina-, el comportamiento humano oscila entre la sumisión y la rebeldía. ¿Quién puede decidir que este acto es bueno y el otro es malo? ¿Y si decidimos lo contrario? se dijeron un día Adán y Eva.

Una cosa no es buena o mala porque alguien -Dios en este caso- así lo haya decidido, sino porque nace del bien o del mal, porque conduce a la vida o a la muerte. *El hombre no peca sino en la medida en que se hace mal a sí mismo* (Tomás de Aquino). Teniendo en cuenta que el garante del orden moral es el mismo creador, es en su obra donde se debe buscar el último criterio de discernimiento. Ignacio de Loyola lo encuentra en el *impulso vital* que constituye el ser humano, caracterizado por el crecimiento y el amor. Todo lo que favorece la vida y le permite ir adelante es bueno. Todo lo que la

estorba o la disminuye es sospechoso. He aquí, pues, el hombre ante su propia conciencia, ese lugar temible donde forja su propio destino. Solo pero no solitario, como querrían algunos.

Deseoso de liberar al hombre y de devolverle su independencia, algunos lo condenan al individualismo. Enfermo en una insoportable soledad, no puede construirse e ir

si bien la norma del bien y del mal reside en una voluntad exterior, el comportamiento humano oscila entre la sumisión y la rebeldía

adelante. Creado para el diálogo, el hombre no existe plenamente sino en la medida en que se sitúa de frente. Aceptar al otro en lo que tiene de único, respetarlo, permitirle existir según su forma propia, hacerse cargo de él, amarlo hasta el punto de dejarse arrastrar con él hacia una presencia más grande, no es sino el criterio del bien y del mal. El creador lo ha escrito en su corazón y en su carne como la condición de su existencia y de su felicidad. Un hombre nace el día en el que se vuelve responsable, capaz de percibir los llamamientos y de asumir su respuesta.

Para salir de una cierta simpleza moral, conviene un día u otro llegar a sacudir los condicionamientos impuestos y mal asumidos. Los acontecimientos fuertes como el amor o la muerte nos provocan en la medida en que nos ponen al desnudo y nos confrontan con el desafío de la verdad. Quien la ha vivido no puede hablar de obediencia -por lo menos en el sentido habitual- mientras se trata de hacer el bien o de evitar el mal. Más que de sumisión, se trata de responsabilidad, de la que dará prueba. Aquí las reglas y los imperativos categóricos no son de gran ayuda. Al máximo pueden servir, en algún momento, de alambra. Una moral de la responsabilidad no se puede desarrollar sino en el terreno de una espiritualidad. Para el cristiano ésta supone una manera característica de vivir la fe, la esperanza y el amor. La comunión con Cristo inspira la imaginación y el coraje del que tienen necesidad para vivir libremente su relación con los hombres, con los bienes y con la creación. La oración y la meditación esclarecen y alimentan su reflexión y su análisis de la realidad.

Las reflexiones de este número [...] reflejan una concepción del hombre a la que estamos vinculados. Implican una responsabilidad. Más que un catálogo de derechos y deberes, es el amor de lo que es bello y bueno (philocalia) lo que baliza el camino.

un hombre nace el día en el que se vuelve responsable, capaz de percibir los llamamientos y de asumir su respuesta

Editorial, tomado de *Choir* n° 454 (Octubre 1997). Con licencia.